

## **Capítulo IV:**

### **Camino de Cuba**

#### **Un monasterio flotante**

1. Salida de Tarragona.
2. Las peripecias del embarque.
3. Con la muerte a los dientes.
4. Semana Santa en Lanzarote.

## 1. Salida de Tarragona

El P. Fundador. Al cual le gustaba aquilatar hasta los últimos detalles de todo lo que emprendía, les había indicado a Antonia y a sus compañeras que se embarcaran en la *Teresa Cubana*. Era la misma embarcación que lo había llevado a él hasta su Archidiócesis. La Madre Fundadora quería seguir las prescripciones hasta el último detalle; pero parece que en su último viaje la *Teresa Cubana* tuvo algún contratiempo que le impidió llegar a Barcelona en los plazos previstos. Como el tiempo propicio para emprender el viaje hacia Cuba, señalado también por el P. Fundador, se estaba concluyendo, el Rvd. D. Pedro Naudó, apoderado el P. Claret en Barcelona, agenció los pasajes para las cinco Hermanas en la embarcación denominada *Nueva Rosalía*, perteneciente al mismo armador de la *Teresa Cubana*, que estaba a punto de zarpar para Cuba. Además, en la *Nueva Rosalía* tenía proyectado embarcarse un sacerdote de Tarragona, que se ofreció a acompañarlas. Pero la Madre tenía aún sus temores:

« ...A pesar de tan buenas razones, tenía yo dificultad en embarcarnos con *Rosalía*, porque el Exmo. Sr. Claret había dicho que fuera con la *Teresa*, y no quería apartarme ni una tilde de su disposición» <sup>(1)</sup>

« me dijeron los que entonces me gobernaban que bien podíamos aceptar tan buen ofrecimiento sin miedo a apartarnos ni en lo más mínimo de la voluntad de S.E.I. antes era más honroso en andar bajo la sombra de un sacerdote » <sup>(2)</sup>.

Por resulta que cuatro días antes de la partida de Tarragona el buen mosén volvió la vista atrás, se acobardó y no se atrevió a emprender el viaje. La razón nos la cuenta la Madre en sus Apuntes: sus parientes «se enfurecieron tanto que parecía que se lo iban a comer», de modo «que el pobre espantado se desdijo de su voluntario ofrecimiento» <sup>(3)</sup> Pero esto no fue motivo para que ellas se desanimaran. Y así, salieron de Tarragona el mismo día que tenían prefijo, el 12 de febrero. Lo hicieron del modo más sencillo, sin despedidas oficiales, casi a escondidas. A las tres de la madrugada salieron de la casa de Don Pablo Bofarull que tan amablemente les había dado hospedaje desde que salieron del Convento de la Enseñanza, y empezaron a descender la pendiente que va desde la plaza de la Catedral hasta la Rambla de San Carlos, donde las esperaban una diligencia. Juntamente hacia la mitad de la pendiente se abre en un recodo la Plaza de los Cedazos, y allí en el número 2. a la tenue luz de los faroles de aceite, más que verse, se presentía su casa paterna. En la mente de Antonia se agolparon los recuerdos de su infancia, los años transcurridos ente aquellas cuatro paredes; pero se sobrepuso rápidamente.

«Di el último adiós a mi cara patria, pasando por delante de la casa de mis estimados padres... Me paré un poco pensando en la alegría que tendría toda la familia si les daba el último abrazo, pero como tenía mis brazos ofrecidos a la cruz de mi Señor Jesucristo, y mi corazón desprendido de todo lo que es carne y sangre, no tuve en nada el pasar en silencio sin decirle adiós» <sup>(4)</sup>.

Este modo de expresarse la Madre Fundadora no quiere decir que no se hubiera despedido previamente de su hermana Teresa, de su cuñado Esteban Jordá y de sus sobrinos. Los amaba a todos entrañablemente como nos costa, no sólo por las frases protocolarias de su testamento en el que, ante notario, confesaba «el mucho amor que he profesado y profeso a Teresa Jordá y París, mi hermana», haciéndole entrega de todos sus bienes, sino también por otros testimonios en que habla con verdadero cariño de su familia.

---

<sup>1</sup> Aut., 129. Cfr. *A Caixa*, 18 agosto 1851. *Epist. Claret*. I, 591.

<sup>2</sup> Aut., 129-

<sup>3</sup> Aut., 130.

<sup>4</sup> Aut., 131.

Un recuerdo especial en aquellos momentos iría dirigido a su madre, cuya muerte había llorado y a la que en sus últimos años ya, evocará aún con ternura filial (<sup>5</sup>).

La diligencia las va alejando de Tarragona. Un sentimiento de nostalgia las invade a todas. Una última mirada a través de los cristales empañados de la diligencia, y Tarragona se pierde de vista en un recodo del camino. La mañana era fresca. Mil aromas de almendros en flor empiezan a alegrar aquellas primeras luces de la mañana que las sorprenden muy lejos ya de Tarragona. Cada vez más cerca de Barcelona, cada vez más cerca del puerto que orientará su rumbo hacia la meta soñada y deseada.

## 2. *Las peripecias del embarque*

En Barcelona las esperaba D. Pedro Naudó, quien por encargo del P. Fundador les tenía ya preparado el hospedaje y pagados los pasajes del barco (<sup>6</sup>).

Tres días antes de embarcarse visitaron la *Nueva Rosalía* anclada en el puerto barcelonés, para habilitar el camarote a su gusto. El propietario del barco, D. Rafael Mazo, había dado órdenes al Capitán para que pusiera a disposición de las monjas los camarotes de popa, completamente aislados del resto de los pasajeros. En esta ocasión conocieron al Capitán que les «pareció sujeto de buena recomendación» (<sup>7</sup>); pero lo era sólo en apariencia. Inesperadamente, la víspera del embarque, fue destituido a causa de un "fraude" que se le había descubierto a última hora. La Madre Fundadora no dice exactamente en qué consistió el "fraude"; quizás algún contrabando. Pero la imaginación de la gente se desbocó fácilmente. La presencia de cinco jóvenes que se decían monjas sin la presencia de ningún clérigo que las acompañara no era entonces frecuente en los muelles de embarque. Y si a ello se junta la inesperada destitución del Capitán del barco, la imaginación popular ya tuvo materia suficiente para inventarse una aventura al estilo de los dramones románticos que por entonces aplaudían los barceloneses en el Teatro Municipal de la Comedia. La Madre recoge en sus apuntes autobiográficos estos rumores populares, que en principio no dejaron de alarmar:

«...a la vigilia del día que nos habíamos de embarcar, me viene una noticia de cómo se había cambiado el Capitán del buque y toda la tripulación, por un fraude que se le había descubierto, de que estaba convenido el Capitán con un joven de introducirlo a la cámara a escondidas del amo del buque» (<sup>8</sup>).

Impresionada por este rums, de noche ya, se fue a entrevistar con el dueño del barco; éste la tranquilizó, confirmándole la sustitución del Capitán, pero no a causa de las noticias recambolascas que le habían contado.

Llegó la hora de la despedida definitiva. En el muelle estaban los padres de Josefa Caixal, de las Hermanas Gual; y parece que también los de la Hermana Florentina Sangler que había venido desde Mahón. Naturalmente, no podía faltar el Dr. Caixal, no sólo porque entre las viajeras se hallaba su sobrina Josefa, sino porque las consideraba a todas como

---

<sup>5</sup> Consolando a D. Enrique Gomis por la muerte de su madre, alude al dolor que a ella misma le causó la muerte de la suya: «Acabo de recibir su muy estimada de ayer en la que tan justa y sentidamente deplora V. la sensibilísima pérdida de su buenísima mamá E.P.D. que en realidad es la pena más amarga que puede afligir a un buen hijo; también sé por experiencia que por más prevista que se tenga esa pena muy de antemano con el curso lento de una larga enfermedad, que no deja ninguna esperanza de convalecencia, cuando llega el triste momento, y se ve expirar a la que nos dio la vida, no hay corazón que lo resista, y a mí me impresionó tanto que me quedé privada de todo sentido; pero de todos modos es preciso animarse y consolarse con la dulce esperanza de que nos reuniremos en el Cielo, donde no tendrá jurisdicción la muerte para separarnos». Cmpg, 20 abril 1883.

<sup>6</sup> Currius, al P. Claret, 4 julio 1852: «Remité a V.E.I. la factura de la "Rosalía" junto con el recibo del flete de las monjas».

<sup>7</sup> *Aut.*, 133.

<sup>8</sup> *Aut.*, 133.

verdaderas hijas en el Señor. Y era él precisamente quien más sentía aquella despedida porque veía esfumársele la paternidad espiritual sobre el Instituto, cuyos orígenes había sabido discernir y alentar en horas difíciles.

A la hora de los últimos abrazos pudieron más las lágrimas y el sosiego de las que partían que la tristeza y el nerviosismo de los familiares que se quedaban en tierra:

«estos traspasados de dolor por la pena de dejarlas no podían esconder las lágrimas; y ellas con la alegre modestia que presentaba la risa a los labios más bien que las lágrimas a los ojos les dimos adiós»<sup>(9)</sup>.

No es que aquellas jóvenes fueran indiferentes ante la natural tristeza de la despedida, sino que la confianza y serenidad de Antonia fue capaz de mantener a flote a las demás: « en esta confianza se afirmaron mi compañera y las tres jóvenes que fueron la admiración de cuantos había en el buque al tiempo de despedirse los padres»<sup>(10)</sup>.

### 3. *Con la muerte a los dientes*

Era el 22 de febrero cuando zarpó la *Nueva Rosalía*; y allí estaban sobre cubierta, a merced ya de los vientos y de la olas, aquellas cinco mujeres jóvenes, ilusionadas, tranquilas porque sabían que iban conducidas por la mano de Dios. La *Nueva Rosalía* se había convertido, de la noche a la mañana, en un «monasterio ambulante» como gráficamente lo bautizó la misma Madre Fundadora.

Aquellas aspirantes a monjas, que antes de embarcar habían estado cavilosas por el repentino cambio del personal adicto a la embarcación y que hasta en el nombre simbólico de « lobos », que se da en el argot marinero a los hombres curtidos por el mar, veían siniestros presagios<sup>(11)</sup>, pronto se convencieron de que no tenían nada que temer, sino que habían ganado con el cambio del Capitán del buque. La Madre vio en ello la mano de la Providencia:

«Daba horror a cuantos lo sabía, un viaje tan largo para cinco jóvenes en manos de hombres tan desconocidos, que ni siquiera nos habíamos avistado con el nuevo Capitán, por razón del cambio tan repentino que hubo el día de embarcarnos como dejo referido, ni yo sabía si éste aprobaría el trato que habíamos tenido con el otro.

!Bendito sea para siempre Dios N.S. en todas las cosas, que en todo permitió al demonio fuese a desconcertar todas las cosas, para que después se diese más gloria a S.D.M.; Anduvimos tan guardadas bajo la custodia de éste (no sé si digo hombre o ángel) a este buen Capitán; pero mejor diré bajo el cuidado de mi Padre celestial, que me había prometido tantas veces que estaría conmigo en todas las cosas. Así estaba tan conmigo este divino Señor que por su infinita Gracia causaba un tal respeto a toda la tripulación desde el primer día hasta el último, que siempre nos trataron con tal veneración que más parecía que llevaban en custodia cuerpos santos que criaturas en carne. Fue tanta la veneración y respeto que tuvieron, que les hacía andar siempre y en todo compuestos y ordenados en todo; tanto en palabras como en acciones, tanto que puedo asegurar no haberles visto ni oído, ya no digo palabras malas, sino ni la más mínima descompostura»<sup>(12)</sup>.

➤ Casi desde el momento mismo en que la *Nueva Rosalía* se pudo en movimiento en el Puerto de Barcelona, todas fueron víctimas del mareo. Las cuatro más jóvenes se acostumbraron pronto al balanceo de aquella cáscara de nuez en medio del mar; pero la Madre

---

<sup>9</sup> *Aut.*, 137.

<sup>10</sup> *Aut.*, 137.

<sup>11</sup> *Aut.*, 125: «... a no ser estas criaturas escogidas por la mano poderosa de Dios, imposible sería que sus mismos padres las entregaran como ovejas en manos de lobos, como comúnmente tiene nombre toda tripulación, por ser gente comúnmente viciosa por su poca religión».

<sup>12</sup> *Aut.*, 138-139.

hubo de aguantar el mareo hasta la llegada a Cuba; y hubo momentos en que lo pasó muy mal <sup>(13)</sup>.

Cuando se repusieron un poco del mareo inicial, organizaron la vida diaria en su monasterio flotante con el mismo ritmo que habían observado en su casita de Tarragona: Oración, lectura, exámenes, rezos vocales; lo único que echaban de menos era la Misa y la Comunión. Cuando la Madre se había ganado la confianza del Capitán y de la tripulación, los invitó a todos a tomar parte en el rezo del Rosario; y accedieron gustosamente:

«Rezábamos el santísimo Rosario; nosotras abajo, y la tripulación respondía desde arriba con mucha devoción y no pocas veces con lágrimas de ternura, especialmente al canto del « Santo Dios », que yo lo hacía con tanto fervor como que me arrebatava» <sup>(14)</sup>

Exactamente lo mismo había sucedido cuando el viaje del P. Fundador también entonces la tripulación se sumaba al rezo del Rosario y, más de uno de aquellos lobos de mar se enternecía hasta derramar lágrimas. Cuando en medio de aquel mar inmenso se entonaba el *Santo Dios* dice el P. Claret « parecía que los ángeles del cielo habían bajado al buque » <sup>(15)</sup>. Parece que el propietario de las dos embarcaciones, D. Rafael Mazo, seleccionaba bien el personal de sus tripulaciones, porque también al P. Claret y a sus acompañantes les causó profunda admiración el ejemplar comportamiento de toda la tripulación <sup>(16)</sup>.

Los primeros 19 días de navegación no pudieron ser más tranquilos y prometedores de una feliz travesía. Pero la situación iba a cambiar muy pronto. La Madre creyó ver la intervención del demonio que quería destruir la « armonía de aquel monasterio ambulante que la poderosa mano de Dios había formado en medio de aquel mar inmenso de aguas » <sup>(17)</sup>. Una tempestad desencadenada durante la noche del vigésimo día de navegación produjo en el casco del buque una « abertura de siete palmos en largo y medio dedo en ancho » <sup>(18)</sup>. Según sus notas autobiográficas, la Madre habría tenido conocimiento sobrenatural del hecho; pero no quiso ponerlo en conocimiento de sus compañeras

«por no ponerles miedo, y todas dormían con un sueño muy reposado, y así me pasé toda la noche rogando a Dios ..., temiendo de un momento a otro un gran estrago en el buque. Más, ¡oh poder infinito de Dios! ¿Quién puede dudar que Dios está en vela sobre sus criaturas?» <sup>(19)</sup>.

Estas exclamaciones de la Madre se deben a que el descubrimiento de la avería del buque fue enteramente providencial. Cuando el buque empezaba a zozobrar por el agua almacenada, se le ocurrió al dispensero ir a la *Santa Bárbara* en busca de azúcar, como movido por una fuerza misteriosa según él mismo confesaría más tarde, pues no tenía necesidad de ella, ni a las cuatro de la mañana tenía por qué ir a semejante lugar. Cuando el dispensero entró en la *Santa Bárbara* se encontró una balsa inmensa de agua, «ya llegaba a siete palmos en alto de un hombre» <sup>(20)</sup>. Dada la voz de alarma, empezaron los trabajos de salvamento. Como primera medida se echó una lancha al agua por si había que abandonar rápidamente el buque. Hubo que echar parte del cargamento al mar para aligerar el peso. Se instalaron dos bombas que estuvieron «por 29 días seguidos con sus noches, sin parar un momento, remudándose los hombres, sacaban 60 cubos de agua por hora» <sup>(21)</sup> Cuando el Capitán del barco, al ser de día, pasó a comunicar a las Hermanas el peligro que corrían, se quedó estupefacto a ver la tranquilidad de la Madre. En vez de infundirles ánimo, fue él tranquilizado y consolado por ella:

---

<sup>13</sup> *Auto.*, 141.

<sup>14</sup> *Aut.*, 141.

<sup>15</sup> P. CLARET A D. *Fortunato Bres*, 18 febrero 1851. *Epist. Claret*. I, 454-455.

<sup>16</sup> *Proceso Apostólico de Vich*, Sesión 201.

<sup>17</sup> *Aut.*, 142.

<sup>18</sup> *Aut.*, 144.

<sup>19</sup> *Aut.*, 145.

<sup>20</sup> *Aut.*, 146.

<sup>21</sup> *Aut.*, 148.

«...le dije que tuviese mucha confianza en Dios y en María Santísima, y no tuviera miedo, que habiéndonos avisado Dios del peligro, era señal cierta de que no nos quería perder; que por esto que él veía que no había remedio humano, lo habíamos de esperar todo del cielo; que no dudare que N.S. y María Santísima nos sacarían en bien. Creo le fue de mucho consuelo esta esperanza porque cuando estaba su corazón combatido de los temores de la muerte tan cercana, como se creía, bajaba algún rato a consolarse conmigo » (22)

29 días duró la lucha «con la muerte a los dientes», como expresivamente dice la Madre. Pero, al fin, pudieron llegar al puerto de Santa Cruz de Tenerife; ya se las prometían felices; ya habían fondeado en el puerto contándose a salvo. La noticia de que había arribado la *Nueva Rosalía*, a la que se daba ya por perdida, corrió rápidamente por la ciudad. Y cuando los buenos tinerfeños se enteraron de que a bordo iban cinco monjas se apresuraron a atenderlas; una señora envió a su propio marido a ofrecerles hospedaje en su casa; pero como el mar se iba embraveciendo no podían desembarcar, aquel buen señor se tuvo que contentar con enviarles por medio de un bote una carta de recomendación para un amigo suyo de Lanzarote, donde el Capitán esperaba poder atracar para reparar la avería del barco. Pero a punto estuvo también de ser inútil esta caritativa preocupación porque a las 24 horas de haber entrado en la ensenada del puerto tinerfeño se levantó una tempestad tan fuerte que los arrojó fuera del puerto, y a punto estuvieron de estrellarse contra las rocas de la costa. La pericia del Capitán logró evitar una catástrofe, poniendo proa definitivamente hacia Lanzarote a donde llegaron el día 29 de marzo, según los recuerdos de la Madre Fundadora. Aunque estas fechas no concuerdan con otros datos aportados por ella misma en sus escritos: 19 días de navegación tranquila, más 29 días de «lucha con la muerte a los dientes» suman un total de 48 días. Ahora bien, si salieron de Barcelona el día 22 de febrero y llegaron a Lanzarote el día 29 de marzo no habrían empleado más que 35 días. Quizás los días de navegación tranquila fueran algunos menos; porque en diez y nueve días bonancibles podían haber llegado a las Islas Canarias.

#### 4. *Semana Santa en Lanzarote*

En Lanzarote fueron amablemente recibidas por el señor a quien habían sido recomendadas por la caritativa familia de Tenerife: «cumplió tan finamente este su amigo, que fue preciso poner término a sus excesos» (23). En esta isla del archipiélago canario celebraron las solemnidades de la Semana Santa.: El miércoles Santo se corrió por el pueblo la voz de que las cinco monjas irían a la iglesia a cantar maitines. La Iglesia se llenó hasta rebosar, y aquellos isleños estuvieron esperando «el canto de las monjas», hasta que ya casi de noche el Capitán del barco tuvo que advertirles que habían sido víctimas de una confusión. En estos días de escala obligada tuvieron ocasión de escribir al P. Claret tranquilizándole por su inesperado y prolongado retraso, pues él les acusa recibo de dos cartas: «una de Canarias y otra anunciando su llegada» (24).

Durante este mes de estancia en tierra se desquitaban todas del prolongado « ayuno de comuniones » a que se habían visto sometidas durante la travesía, comulgando todos los días. Tampoco su presencia en Lanzarote fue apostólicamente inactiva. Por entonces parece que existían en la Isla en tiempo e Semana Santa algunas costumbres muy poco religiosas y menos edificantes; bastó la presencia de las monjas con algún oportuno consejo de la Madre para que, por lo menos aquel año se abstuvieran de todo lo que fuera religiosa o moralmente menos edificante:

«En el tiempo que estuvimos en casa de nuestros buenos hospederos se evitaron muchos pecados que se cometían, tal vez por ignorancia en la guarda de los mandamientos de la Santa Iglesia, especialmente en los días de Semana Santa» (25.)

---

<sup>22</sup> *Aut.*,149.

<sup>23</sup> *Aut.*,153.

<sup>24</sup> P. CLARET, *A la Hermana Antonia*, 3 junio 1852. *Epist.Claret.* I, 655.

<sup>25</sup> *Aut.*, 156.

Sus advertencias eran hechas con tanta suavidad y prudencia que aquellas buenas gentes quedaron contentas y convencidas. Tan familiares se hicieron en Lanzarote durante aquel mes de su permanencia que todos «decían que les amargaba la satisfacción que sentían, el recuerdo de nuestra temprana marcha» <sup>(26)</sup>. Tanto se encariñaron con las monjas que la Providencia y el mar alborotado había arrojado a sus playas, que cuando llegó la hora de la partida, después de haber sido reparada la avería de la *Nueva Rosalía*, les parecía que ya no podrían habituarse a vivir sin ellas; y así, se ofrecieron a fundarles un monasterio si se querían quedar allí, aunque no fuesen más que dos. Pero cualquier aceptación era imposible; tuvieron que resignarse a ver cómo el 3 de mayo la *Nueva Rosalía* enfilaba la desembocadura de aquel aprendiz de puerto de Lanzarote. El testimonio de la Madre no puede ser más elocuente: «...salimos de aquel puerto más alegres los que nos íbamos que los que se quedaban porque todos lloraban como si perdieran un grande tesoro» <sup>(27)</sup>

También el P. Fundador había trabajado en estas tierras de Lanzarote en una rápida excursión apostólica, después de concluidas las misiones en Gran Canaria <sup>(28)</sup>. Hasta en esto coincidieron los dos Fundadores, cuyas vidas corrieron paralelas en tantas otras cosas.

Y ahora, desde Lanzarote hasta Santiago de Cuba sin escalas, sin ver más que agua abajo, y cielo arriba; sin otra posibilidad de ayuda que la que Dios quisiera prestarles. Para propiciar un viaje feliz, por iniciativa de la Madre Fundadora, se colocó en el palo mayor de la nave una cruz tejida con las palmas benditas del Domingo de Ramos y una medalla de la Milagrosa. El recuerdo de la protección que Dios les había prestado, librándolos de un peligro inminente de naufragio, en la primera parte del viaje abrió más y más los corazones de todos a la esperanza e una feliz llegada a Santiago de Cuba. La Madre expresa una vez más su omnímoda confianza en la protección de Dios:

«...cuando perdí las Islas Canarias de vista, se alegró mi corazón, porque ya perdida la tierra de vista, sólo me quedaba toda la esperanza en Dios. Cuanto más nos internábamos en aquel mar inmenso de aguas, más se internaba mi espíritu en el mar inmenso de Dios» <sup>(29)</sup>.

Desde Lanzarote hasta Cuba la navegación fue felicísima; solo en muy contadas ocasiones el mar embravecido les hizo renovar el recuerdo e los peligros anteriores. Había durado la travesía, con la obligada escala de Lanzarote, tres meses y cuatro días.

---

<sup>26</sup> *Aut.*, 156.

<sup>27</sup> *Aut.*, 157.

<sup>28</sup> P. CLARET, *Autobiografía*, n. 484.

<sup>29</sup> *Aut.*, 158,159.